

bles, pero para una nota explicativa es absolutamente inexcusable la presencia de al menos un pequeño asterisco —si no queremos pintar de números la página— avisando de la existencia de una aclaración o una información complementaria. Si las ponemos al final y sin ninguna llamada en el texto, las notas se convierten en un bulto sospechoso, un adorno erudito carente de valor; y Peale, aparentemente, sí les otorga pertinencia funcional, pues reconoce que «la anotación incluye notas harto elementales» con la intención de dar a conocer la obra de Vélez al mayor público posible.

«Por la misma razón —dice el editor— prescinde [la anotación] de extensos cotejos documentales con otras obras de Vélez u otros autores». Ésta es, desde luego, una decisión muy legítima y nada criticable, aunque el manejo de textos comparados resulta extraordinariamente útil, tanto para conocer mejor el lenguaje de Vélez como para explicar pasajes oscuros de otros escritores coetáneos. A quien necesita que se le expliquen ciertas obviedades, poco pueden perjudicarle esas notas más extensas y sustanciosas que sirvan de provecho a otros lectores, y que George Peale ha demostrado estar sobradamente capacitado para proporcionar.

Quede claro, no obstante, que estas observaciones provienen de un gusto particular y que la propuesta de Peale —avalada además por una cierta moda editorial que parece irse imponiendo— resulta perfectamente legítima por su coherencia. Como último punto negativo referente a las notas, hay que mencionar que se han perdido —por errata de imprenta— las correspondientes a las pp. 199-200 de *La serrana de la Vera*, cuyo lugar ha sido ocupado, al menos en el ejemplar que hemos manejado, por las pp. 197-98 repetidas.

Concluamos este asunto de las notas explicativas con una de cal, encareciendo la utilidad del índice de voces comentadas con que se cierran los volúmenes, una costumbre muy recomendable y que por desgracia se echa en falta en demasiadas ediciones de textos áureos. Deben prevalecer, pues, los muchos elogios que merecen las ediciones manejadas y, en general, el proyecto acometido por el profesor Peale; era necesario hacerlo, pero no parecía que hubiera la persona con la preparación, el coraje y los medios necesarios para emprender la aventura. Sea, pues, bienvenida esta nueva edición crítica y reciba sinceras felicitaciones su responsable.

Héctor URZÁIZ

ISSOREL, Jacques (ed.): *Crepúsculos pisando. Once estudios sobre las Soledades de Luis de Góngora*, Marges —Publications du Centre de Recherches Ibériques et Latino-Américaines de l'Université de Perpignan núm.16 (Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 1995), 244 pp.

Si 1994 fue un año fausto para los lectores de don Luis de Góngora gracias a la magnífica edición de las *Soledades*<sup>1</sup> llevada a cabo por Robert Jammes, con este volumen colectivo parecen confirmarse los tiempos de bonanza crítica de la que actualmente disfruta la obra más ambiciosa del vate cordobés. Once artículos de desigual profundidad y extensión componen el libro, todos ellos marcados por el magisterio del brillante profesor de Toulouse.

En una de las mejores aportaciones, «Les *Solitudes* comme système de figures. Le cas de la synecdoque», Mercedes Blanco realiza un estudio pormenorizado de diversos aspectos de esta figura retórica en el entramado verbal del poema y pone de relieve lo que constituye, a

<sup>1</sup> Luis de Góngora: *Soledades*, ed. Robert Jammes (Madrid: Castalia, 1994).

su juicio, una de las leyes o mecanismos fundamentales del universo poético gongorino: el *principe de réversibilité spéculaire*. En un riguroso análisis textual, junto a la metonimia del efecto, se destaca el contraste que ofrecen tres tipos de sinécdoque: sinécdoque de la materia (subdividida en: materia de las armas, materia náutica, cosas de la Arcadia), de la parte (con el comentario de la figura del *pie* músico y geómetra) y de la abstracción.

La novedad de las *Soledades* es objeto de una breve reflexión de Antonio Carreira. En ella se subraya la gestación de una lengua poética personal (que abraza tanto el cultismo novedoso como el quiebro vulgar) y el amor por lo *humilde* y su exaltación a través de la palabra. Este último aspecto se relacionaría con una nueva manera de contemplar el mundo, afín a la que evidencian la obra de los paisajistas holandeses, las naturalezas muertas de Ruysdael o los cuadros de copas, frutos y platos metálicos, signo inconfundible de Heda. Así pues, la *cornucopia* descriptiva de Góngora compartiría algunos estímulos afines al quehacer y los intereses de la pintura del momento.

El centro del volumen lo ocupa un artículo de Robert Jammes, que pone de relieve la falta de un cotejo exhaustivo de la versión primitiva de las *Soledades* con su redacción definitiva y esboza lo que habrían de ser las líneas maestras del mismo (el fecundo diálogo epistolar con Pedro de Valencia y el abad de Rute, lectores privilegiados de una composición *in fieri*, es una referencia esencial para algunas de las correcciones gongorinas: depuración de fórmulas y tropos reiterados, así como de pasajes de carácter burlesco, supresión de contraposiciones, etc.). Un estudio detallado vendría a iluminar algunas facetas importantes de su quehacer, como la reflexión sobre la propia actividad creadora o la reacción ante la censura de amigos autorizados.

El sistema de alusiones, metáforas e imágenes que tienen como referente inmediato el mundo de las aves compone una parte destacada de la tupida red lírica de las *Soledades*. Nadine Ly consagra un sagaz comentario a este haz de isotopía que forma la *república alada*, en el que distingue tres funciones bien delimitadas: una función retórica y estética; una función cultural, ligada a la herencia mitológica y poética o a las creencias tradicionales y una función «socio-poética». Bajo ésta última aprecia una clasificación *estamental* de estos seres: la humilde extracción de los destinados al banquete de las bodas campesinas, los artistas libérrimos de la *monarquía canora* y los guerreros de la *generosa cetrería*. Especial interés revisten las páginas que abordan la dimensión simbólica y las lecturas diversas del Cisne, el Búho y Cupido (éste último caracterizado con el sintagma: «del ave de Júpiter vendado pollo»). Tras desarrollar los aspectos principales de su estudio, la profesora de Burdeos anuncia un futuro artículo en el que profundizará en el tratamiento de algunas cuestiones aquí esbozadas.

La interpretación de las *Soledades* como un jardín, la función que desempeñan el agua y la mitología o el comentario de los cuarenta primeros versos del poema son asimismo objeto de algún estudio no demasiado profundo. Amor y erotismo son tratados por Jacques Issorel en un lúcido artículo que nos deja con el deseo de cierto pormenor. Junto a ello, las aportaciones de Moner y Zimmerman contienen sugerencias valiosas, pero, en ocasiones, revisten un carácter excesivamente general.

*Crepúsculos pisando* ofrece, en definitiva, un conjunto de estudios sobre diferentes aspectos de la creación gongorina realizados por varios de los mejores especialistas en la materia y se destaca como una de las contribuciones plurales más señaladas en la aproximación a una obra tan compleja como apasionante.

Jesús PONCE CÁRDENAS  
Becario de Investigación del Gobierno Vasco  
Universidad Complutense de Madrid